

(AUTO)DESTRUCCIÓN

La autodestrucción (del cuerpo de la obra, del cuerpo del artista e incluso de su público) es una marca recurrente de esta vanguardia, como evidencia “La destrucción” a la que convoca Marta Minujín, la quemó en un baldío de sus realizaciones sobre colchones y cartones, intervenidas a su vez por sus amigos, la acción colectiva con la que la artista se despide de París en 1963. La destrucción aparece muchas veces como intrínseca a las propias condiciones de producción: es el caso del huevo de yeso que Peralta Ramos presentó en el Premio Nacional Di Tella 1965, titulado “Nosotros afuera”, de tamaño tan desmesurado que no entraba por la puerta del Instituto (por lo que debió ser construido obligatoriamente adentro del espacio de exhibición, y allí mismo demolido por el propio artista al finalizar la muestra). Esta tendencia redundó en la destrucción sistemática de sus propias obras que llevan a cabo dos de los más significativos artistas de este movimiento, Rubén Santantonín y Ricardo Carreira, razón por la que hoy casi no existen restos materiales de sus trabajos. En algunos casos los materiales usados eran efímeros y eso condenaba a la obra a una vida frágil. En otros, no lo eran, como en las esculturas de la serie “Biocosmos” con las que Emilio Renart ganó el Premio Nacional Di Tella en 1964. Estas enormes formas orgánicas hechas de cemento y gruesos alambres hubieran podido sobrevivir a su tiempo, pero sin embargo, la carencia de un espacio donde guardarlas y su distancia con la condición de mercancía u objeto digno de ser coleccionado, las condenó igualmente a desaparecer. A veces, algún artista incitaba a que fueran otros los hacedores de la destrucción. Oscar Bony abandonó en 1967 una enorme escultura fálica titulada irónicamente “Fuente” en una plaza pública, que al día siguiente había sido destruida por manos anónimas. Eso era, claro, lo que él quería lograr con esa provocación.

Estos actos de destrucción alcanzaron también al lenguaje. En 1965, Jorge Bonino, arquitecto y profesor universitario cordobés, inició una serie de recordadas performances a partir de la invención absoluta de una lengua, un lenguaje inexistente e incomprensible. Publicó su primer espectáculo (“Bonino aclara ciertas dudas”) empapelando la ciudad de Córdoba con afiches escritos en ese mismo idioma incomprensible, y logró congregarse a centenares de personas que asistían a verlo impartir cátedra, vestido como un maestro y ante un pizarrón, algunos libros y un mapamundi, y se iban del teatro llevándose un diploma luego de ser parte de la parodia de Bonino de enseñar “a la gente a hablar, a escribir”. En medio de cada performance, un niño irrumpía en escena y